

Ello presta a su *Tratado* un doble valor, por una parte, su efectividad como predicación religiosa, y por otra sus calidades en la literatura española.

En este último aspecto, y a pesar de que la segunda mitad del siglo XVI es un momento de superior calidad en la prosa española, el texto de Alonsótegui contiene, a mi juicio, notables aciertos. Aduciré tres muestras, entre las muchas que podrían citarse: se refiere a las mujeres que llama «rijosas y airadas», y escribe: «... y luego se ve la lujuria y desvergüenza de éstas en el poco sosiego de los ojos, en el poco reposo de sus pies, el poco moderamiento de su mirar, en el mecer de los ojos, en el mirar a todas partes, en querer que sean vistas, en el erguir sus cuellos, alzar sus párpados y niñetas de sus ojos» (p. 131); o cuando trata de los «ambiciosos» los caracteriza así: «...son semejantes a los pavos, que dan una vuelta y pavonada con su cola pareciéndoles bien sus plumas. No hay cosa que el amigo de honras y dignidades no haga por ser visto y acatado por plazas, calles, entre gentes, dando consigo unas pavonadas por ver quien le mira, quien se le humilla, llevando un cuerpo erguido, el cuello levantado, los ojos graves, el hablar fingido, los labios cerrados, la voz demudada» (p. 143); y así a los «soberbios»: «Es hombre inútil, anda con un gesto torcido, escarnece con los ojos, piensa de sus pies, habla con su dedo, y con un corazón aleve [está] pensando en calumnias y engaños» (p. 151).<sup>2</sup> No necesito decir que nada de esto procede del original de Segni, sino que parecen fruto de la fina sensibilidad con que nuestro fraile observaba a sus contemporáneos transitar por rúas y estrados, y del primor de su buena pluma; aunque, probablemente, también resuenen en sus descripciones algunos modelos literarios inveterados. Por ejemplo, en la referencia de la página 131 quizá resuene la descripción de Isaías (I, 16), a la que en la Biblia de Alba (1422) Rabi Mose Arragel de Guadalquivir —su traductor— agrega este comentario: «Quando passauan çerca de los mançebos, pian entrel pie y el chapin almisque molido e otras cosas muy odoríferas, e dauan vn tan grande golpe con el pie, que saltauan los odíferos polvos e resçendia toda la calle, que avnque los moços buenos ser quisieran, tales ençendimientos como estos no los dexauan de bien vsar».

Pero aparte las formas está el contenido. Respecto a su eficacia como admonición para mover al «desprecio del mundo» hoy es difícil pronunciarse, pues los halagos y las comodidades de la civilización técnica de nuestros días son tan superiores a los de siglos precedentes que no sé bien qué podría hacer falta para debilitarlos. Pero en otra perspectiva, aún pero distinta, sí me atrevo a creer que el contenido ofrece hoy un valor indudable. Y en una doble vertiente, sumamente compleja, que no haré sino apuntar.

Por una parte, ocurre que la gran novedad de la filosofía actual consiste —aparte llamativas y pasajeras modas— en el descubrimiento de las invariantes estructuras de la propia vida humana. Aunque parezca extraño, el hombre ha investigado primero cuanto le rodea antes de percatarse de sí mismo. La primera y notable sabiduría lograda lo fue acerca de lo más distante, el curso de los astros y estrellas; la astronomía caldea, en el borde de la prehistoria, realizó observaciones definitivas. La visión antropológica que estudia al hombre como una parte de la naturaleza, ciertamente, es ya consabida

<sup>2</sup> Voz *demudada*, es decir, *cambiada*, *disfrazada*. Y *airada*, con el alcance que hoy conserva la expresión «*vida airada*». Modernizo la ortografía.

y, por ejemplo, la filosofía estoica o la Ilustración se concentraron en ella. Pero el análisis de lo que la realidad «vida humana» tiene de específico y propio es resultado del nuevo nivel que configura a la cultura de nuestro siglo, y la ha llevado a enfocar por primera vez con suficiente ajuste a esa entidad histórica que es la vida humana, pero cuya plasticidad la hacía inaprensible. Pues bien, la literatura ascética, se sitúa por su propia conveniencia en esa perspectiva, la de las operaciones que la vida humana puede llevar a cabo consigo misma, la del *uso* que el hombre hace de su vida y conforme a los modos que exclusivamente la atañen y caracterizan. Con este alcance la literatura ascética, y la prosa de Alonsótegui, albergan mucha reflexión cargada de experiencia y perspicacia que puede contribuir a esa nueva ciencia que estudia la índole de la vida misma. Los ejemplos citados sólo describen la sobrehoz de la existencia pero también ésta revela, al buen observador, los principios que por dentro la animan.

Mas por otra parte, una segunda cuestión presta actualidad a esta literatura del *contemptu mundi*. Me refiero a lo que significa en cuanto exaltación de la autonomía del individuo respecto de las estimaciones establecidas y, por tanto, la posibilidad de enfrentarse a las reglas socialmente vigentes: es decir, en cuanto potencia la libertad de la persona. La seducción, la absorción más bien, que la sociedad actual ejerce sobre las inclinaciones individuales, hace de nuestro tiempo la ocasión en que, a despecho de algunas contrarias apariencias, la conducta humana es menos libre y está más condicionada a inscribirse en las pautas impersonalmente impuestas de forma anónima y colectiva. Si no yerro, y éste fue el tema que me llevó a repasar esa literatura del «desprecio del mundo», su frecuentación brinda un insólito ejercicio de excitación a obedecer al fondo íntimo de cada cual. Ese fondo que Ortega, hablando del caso de Pío Baroja, llamaba el «fondo insobornable», mas el cual y de modo creciente se ve hoy sobornado por la socialización forzosa del hombre contemporáneo.<sup>3</sup> La ascética, pues, como escuela de libertad, el «desasimiento» como práctica liberadora, me parecen dos rasgos de virtual actualidad en el *Tratado* de Alonsótegui.

Pero no quisiera confundir al lector. Junto a esos atractivos, la prosa ascética de Alonsótegui ofrece rasgos que dificultan su contacto al hombre de nuestro tiempo. El P. Ortúzar señala «la crudeza con que aquellos escritores trataban las cosas, por eso no nos debe de extrañar cuando hace alguna descripción hartamente peregrina». No creo que este factor sea considerable pues en los últimos decenios, y tras una larga era en la que el pudor e incluso la gazmoñería ha dominado en las letras —lo que ha hecho más sensible el contraste del cambio sobrevenido— se vuelve a llamar a las cosas por su nombre, según se ha hecho —cierto que con menos torpe cinismo— en pasadas centurias. Pero un factor de distanciamiento sí pudiera derivarse de las figuraciones fantásticas, es decir, de las imaginaciones a que Alonsótegui apela para ejemplificar sus dichos. Una diferencia profunda, aunque rara vez subrayada, entre las generaciones de tiempos distintos, es el contenido de los sueños, y nuestro fray Miguel acude, con alguna frecuencia,

<sup>3</sup> En *El Espectador*, vol I, «Ideas sobre Pío Baroja». Entendámonos, por supuesto que los hombres somos seres sociales hasta en las más recónditas entretelas, conformados por la sociedad y por la historia, pero cada individuo obra desde un centro personal que, para ser valioso en la sociedad no puede ser invadido por ésta, pues con ello se anulan su diferencia y su posible fertilidad.

a esa materia de la experiencia y precisamente por lo que tenía entonces de más penoso y aun de terrorífico. El *Tratado* culmina con la visión del fin del mundo y del Juicio Final; y del sueño, escribe, «no es otra cosa sino imagen y semejanza de la muerte», y adelanto de las postrimerías. Y en el mismo lugar (el cap. 19.º que trata «Del temor y espantos que dan al hombre mísero los sueños nocturnos», que excede mucho al correspondiente de Segni «De terrore somniorum»), abunda en que «al mísero e infelice hombre... las noches que le son dadas para su reposo, quietud de su persona, alivio de su trabajo, esas pasa con sueños temerosos, con visiones horribles, con fantasmas inauditas, ilusiones malignas y sueños horrendos».

Mejor que circunloquios aproximativos serían las imágenes entonces usualmente dibujadas lo que puede acercarnos a esas figuraciones. La reciente edición facsimilar del *Beato* de Gerona, por ejemplo, nos facilita el repasar un testimonio expresivo. Las hidras multicéfalas, los híbridos parcialmente antropomorfos, los cuerpos despeñados, con que se ilustra el comentario al Apocalipsis nos pueden acercar a las figuraciones que poblaban los sueños medievales del Comendador de Burceña, y que hoy, presumo, no inquietan a las actuales generaciones condicionadas por muy otras imágenes.<sup>4</sup>

Y sin embargo... En el notable estudio de Mireille Mentré, *La miniatura en León y Castilla en la Alta Edad Media* (León 1976), que trata especialmente de las ilustraciones de los Beatos, se destaca cómo aquellos artistas, rompiendo con la visión que con ingenuidad excesiva llamamos natural, lograban representar las imágenes visionarias que corresponden a la fantasía del texto (p. 121) y, a la vez, anticipaban lo logrado en la pintura del siglo XX. Al cabo de centurias en que se había estimado a esa iconografía como «grosera», «extraña» o «monstruosa» (p. 43), y especialmente tras la exhibición celebrada en Madrid y en 1924 por la Sociedad de Amigos del Arte, críticos avisados como Angel Sánchez Rivero, en su comentario a las ilustraciones de los códices (*Revista de Occidente*, julio, 1924), descubrían las calidades estéticas de aquellos primitivos y su insospechada consonancia con la pintura contemporánea.

En definitiva, con el *Tratado* de Alonsótegui, como con cualquier lectura de pasadas centurias, para que la comunicación sea efectiva es indispensable se cumpla una doble condición, la de esforzarnos por emigrar imaginariamente a sus fechas y la de que su alcance se incorpore a nuestras actuales preocupaciones. No espero que a la literatura ascética le aguarde una actualización pareja a la obtenida por los pinceles del Maestro del «Libro de los Testamentos» o a la de la monja Ende, autora de las imágenes del *Beato* gerundense, pero ¿quién sabe?

<sup>4</sup> Codex Gerundensis. *Edilan*. Madrid 1975. El códice se ha reproducido en el milenario de su fecha.